

Educación y ciudad

Del dicho al hecho

PEDAGOGÍA DEL SIMULACRO

La escuela no es un ámbito que se distinga por su coherencia. Es frecuente la ausencia de sintonía entre lo que los maestros piensan, los discursos que construyen alrededor de los valores democráticos y las prácticas que llevan a cabo en la cotidianidad escolar.



Fotografía: Juan Pablo Duarte. Oficina Asesora de Prensa SED

El maestro es considerado un engranaje más en la estructura educativa; sin embargo, algunos tratan de innovar e investigar, para asumir de este modo el papel de académicos de la educación.

ÁLVARO CHAUSTRE AVENDAÑO, DOCENTE¹

La falta de coherencia entre el discurso y la praxis se evidencian no sólo en las falencias de maestras y maestros sino en la configuración social de la escuela. Allí se generan una serie de situaciones que demuestran las constantes contradicciones de carácter axiológico entre la teoría y las prácticas de los maestros y su incidencia en las actitudes de los integrantes de la comunidad educativa.

El fenómeno de la incoherencia en algunas de las expresiones de la escuela es estructural, no depende exclusivamente de la buena o mala voluntad de los maestros o de sus inconsistencias. Responde al papel social que —consciente o inconscientemente—, se viene otorgando a la escuela por parte de las entidades que elaboran las políticas educativas, donde las voces e inquietudes de los maestros y los intereses de las lla-

mas comunidades educativas no son determinantes, y donde priman los criterios económicos en detrimento de las necesidades sociales y de los saberes pedagógicos. Es también factor de incoherencia el perfil formativo de los y las docentes en las facultades de educación, las expectativas de las familias frente a la educación de sus hijos e hijas y los intereses de entidades privadas y de organizaciones no gubernamentales que hacen presencia en las escuelas con diversidad de acciones y proyectos.

Los maestros y la escuela han perdido protagonismo en la tarea educativa de las niñas, los niños y los jóvenes colombianos; y, aunque este fenómeno no es del todo negativo, por cuanto ha permitido el empoderamiento de otros actores dentro del proceso de formación, vemos que los saberes y los discursos que circulan en la escuela entran, cada vez más, en tensión y en permanente contradicción con otras realidades y con la suya propia.

La lógica de nuestras escuelas condiciona el ejercicio de la coherencia por cuanto los intereses de quienes allí se encuentran no siempre coinciden con las intencionalidades de quienes administran el sistema educativo.

De otra parte, los maestros no han logrado posicionarse como pedagogos, es decir, como teóricos de la educación formal, y han cedido este espacio a otros profesionales que desde la psicología y el derecho, por ejemplo, han desplazado las reflexiones fundamentales de los acontecimientos escolares.

Pedagogía del simulacro

Así las cosas, el maestro continúa siendo un operario en la escuela, pese a la resistencia ofrecida por algunos de ellos, entre quienes se encuentran los que desde propuestas innovadoras y actividades investigativas pretenden asumir el papel de académicos de la educación. No obstante, estos ejercicios —titánicos en algunas ocasio-

nes—, son de carácter coyuntural, y, por lo general, no tienen sostenibilidad y peso específico en la vida institucional.

Retomamos, entonces, el concepto de la pedagogía del simulacro² que abarca aquellos discursos y prácticas que se repiten de generación en generación y que tienen poco o ningún sentido para maestros y estudiantes y que responden a los requerimientos formales y rígidos de las instituciones educativas. En esta dirección es necesario cuestionar el activismo que caracteriza a la escuela, por cuanto dificulta la articulación entre los saberes disciplinares y las prácticas que deberían desprenderse de ellos, lo que conduce a maestros y a estudiantes a sostener una carrera desenfrenada por “el hacer” y por “el mostrar”, sin que importe que aquello que se haga o se muestre produzca saldo pedagógico.

La lógica de nuestras escuelas condiciona el ejercicio de la coherencia por cuanto los intereses de quienes allí se encuentran no siempre coinciden con las intencionalidades de quienes administran el sistema educativo.

Prueba de ello —por mencionar un solo ejemplo—, son las tediosas izadas de bandera que se deben realizar en las instituciones educativas: para muchos maestros son una tarea sin sentido, para la que es necesario elaborar discursos que exaltan valores a veces anacrónicos, para ser leídos a los estudiantes que en absoluta sumisión y resignada indiferencia asisten a estos eventos para cantar de manera destemplada himnos ajenos a sus intereses y a su cotidianidad; y para aparentar que en la institución “se hace Patria”.

Todo esto dentro de una concepción patriarcal de la formación ciudadana que, como lo señala Magendzo, “se relaciona con inculcar en los estudiantes un sano patriotismo y un buen

espíritu público y su incorporación a la nación a través de paulatinas y graduales afiliaciones a la familia, a las localidades cercanas, a los grupos de identidad cercanos, etc.”³. Estas son algunas de las actividades donde se pone claramente de manifiesto la incoherencia entre los discursos de los maestros, que hablan de la democracia, la participación, el respeto por la diferencia y la tolerancia, y las prácticas de mansedumbre y acriticidad a la cual se ven sometidos los estudiantes.

El ciclo de la incoherencia

La escuela es con frecuencia un lugar para la incoherencia; circulan aquí gran cantidad de discursos sobre la democracia y los derechos humanos, pero en la cotidianidad, estudiantes y maestros se ven abocados a prácticas rutinarias e inequitativas, que se reproducen año tras año, de una generación a otra y sin ninguna reflexión, pues la lógica del sistema —que atrapa tanto a los adultos como a los niños—, es cumplir con las tareas al pie de la letra: el rector o la rectora ejecuta las tareas encomendadas por el MEN, las secretarías de educación y los cadeles,

para el caso de Bogotá. Los maestros, a su vez —y a veces a regañadientes—, cumplen con algunas de las tareas que les impone el rector o la rectora, y los mismos docentes concluyen el ciclo cargando a sus estudiantes con sinnúmero de actividades y compromisos a veces inoficiosos para su formación.

Podemos señalar, entonces, que los maestros son parte estructural de la cadena educativa y no son, como pretenden mostrar algunos creadores de opinión pública, los únicos responsables de las falencias y las incoherencias del sistema educativo colombiano.

Finalmente, quisiera recoger aquí la que en mi opinión fue la idea central del discurso del profesor Abel Rodríguez cuando asumió por primera vez el cargo de Secretario de Educación del Distrito Capital, en locución pronunciada ante un nutrido grupo de maestros y maestras que lo vitoreaban. El profesor Rodríguez caracterizó a dos sujetos de la educación: los niños, niñas y jóvenes, que serían el centro de atención de su administración y la razón de ser del trabajo de los educadores; y, en segunda instancia, mencionó a las maestras y maes-

tros, que deberían asumirse, según su criterio, como los académicos, los intelectuales de la educación.

Para los maestros y maestras que desde el inicio de su labor docente se conciben a sí mismos como académicos de la educación, este mensaje oficializó e hizo pública la idea de que son los maestros los primeros y más adecuados sujetos de la reflexión pedagógica. Varios de ellos, desde hace muchos años, trabajan con la intención de influir realmente en los destinos de la escuela, actuando como profesionales de la educación que persiguen la construcción de una institución medianamente democrática y coherente, en la que sean superados gran cantidad de simulacros que allí se reproducen a diario.

No se trata de que los maestros asuman la tarea mesiánica de salvar al mundo, de cambiar radicalmente la sociedad colombiana, idea que cuestionan, entre otros, el profesor Jorge Gantiva; sino de buscar mayor influencia en la organización y en el quehacer de la escuela, para que la vida de los estudiantes y de los maestros en ésta tenga más sentido.

Actividades como la rutinaria izada de bandera sobrecargan al docente y al estudiante de actividades que no necesariamente enriquecen la formación de niños, niñas y jóvenes.



Fotografía Henry Sánchez

¹El profesor Chauste es docente e investigador.

²Ver el texto *Hacia una pedagogía del porvenir*, publicado por el IDEP. “Este trabajo devela las relaciones de poder imperantes en la escuela y propone alternativas que aportan al cambio social. En este sentido, enfatizamos que la escuela no cambia la sociedad pero sí puede y debe contribuir al cambio que la sociedad exige”. *Hacia una pedagogía del porvenir*, IDEP, Bogotá, 1998, pág. 14.

³Magendzo, Abraham, *Formación ciudadana*, Cooperativa Editorial Magisterio, Bogotá, 2004, p. 33.